

HOSPITAL PRIVADO 1947 - 1957 - 1997

30 de setiembre de 1957

El Comité de Redacción de la Revista se propuso hacer un editorial para su número aniversario, que no fuera un relato cronológico de lo realizado. Que tratara de mirar de una manera omnicomprendiva, la historia, la filosofía, y si fuera posible, hablar sobre el futuro del Hospital. Revisando nuestros antecedentes, releímos el discurso inaugural que nuestro presidente de entonces, el Dr. Agustín G. Caeiro, pronunció con tal motivo.

Creemos que hoy a cuarenta años de esa fecha, nada podríamos decir mejor al respecto; esas palabras tienen la confirmación del tiempo. Dejan abiertas dudas, anhelos, propósitos, que hoy nos siguen acusando, pero sentimos que estamos en la ruta de "los que construyen catedrales".

Nuestro editorial, pues, es la parte inicial de las palabras del Dr. Agustín G. Caeiro, aquel 30 de setiembre de 1957. Las preceden un párrafo de lo dicho por él, también, al colocarse la piedra fundamental del Hospital el 18 de mayo de 1952.

"Un día venturoso de abril de 1947, levamos anclas. Circunstancias conocidas nos obligaron -felizmente- a dejar casi todo el lastre que nos había sujetado hasta entonces. Quedamos solos en la inmensidad de un espacio que nos parecía infinito. Solos con nuestra vocación, nos sentíamos impulsados hacia nuestro objetivo, por una fuerza que nos parecía, que nos era, en realidad, extraña: la fuerza misteriosa que anima el progreso de los pueblos. Al reconocerla aquí, excluyo de este relato todo lo que pueda parecer jactancia.

Nos constituimos en esa tarde de abril y confieso que nos parecía tan grande y tan lejana la meta, que en los momentos de reflexión nos creíamos insanos".

Hace cinco años, al iniciar la obra de este Hospital, estábamos embargados por el candoroso deleite de la esperanza. Teníamos fe, creíamos en los principios que nos habían inducido a la acción y teníamos esperanza. Entonces dijimos: "Esta piedra que hoy colocamos es el cimiento sobre el cual se levantará, materializado ya, el sueño de nuestra vida. La realización de un sueño así acariciado, es el mayor de los goces espirituales, pero es también la iniciación de una larga cadena de sacrificios y de sufrimientos: el goce siempre se paga con el doloroso desgaste de la vida". Y en efecto, ha pasado mucho tiempo, hemos sufrido muchas alternativas, mucho ha cambiado alrededor nuestro y también hemos evolucionado nosotros.

Permitidme que sea cruel, pero voy a ir profundo. Hoy, no nos une la misma esperanza, ni nos embarga la misma alegría. Estamos acongojados, con la angustiada e incierta alegría de la parturienta. Nadie habla risueña y confiadamente de esperanza. Algunos nombran ya el fracaso; otros lo temen. ¿Por qué este estado de ánimo?

Los que construyen una obra material, los hombres de empresa moderna, los materialistas, necesitan, emprender, planifican, calculan y palpan luego con sus manos el triunfo, o las elevan crispadas cuando el fracaso se los lleva. Este es el fracaso postizo. No es el nuestro, mis queridos amigos: ni siquiera pensemos en él.

Los que, en cambio emprenden una obra como ésta, obra espiritual, colectiva, que trasciende más allá de los hombres y del tiempo, los que construyen catedrales, sienten el impulso de obrar que les viene de la profundidad de sus entrañas o del divino in-

finito de los tiempos; no calculan, planifican muy poco y malo. Simplemente tienen fe, esperanza y se ponen a hacer, con la serena alegría del pájaro que construye su nido. Pero cuando su obra toma forma material, gozan y sufren como la madre frente al niño que nace; las primeras formas vienen ya con las sombras del fracaso, que son las imperfecciones. Nunca se experimenta la sensación de lo hecho, de lo totalmente realizado; queda siempre por delante esa porción de infinito, que es angustia, duda y que debe seguir siendo esperanza. Este es el fracaso genuino, el que acompaña siempre a las grandes realizaciones del espíritu. "El fracaso genuino se logra en la construcción de un mundo existente, con voluntad de norma y duración, pero con conciencia y riesgo de derrumbe. Este fracaso genuino significa eternización y puede convertirse en cifra colmada del ser", dice Bochensky comentando a Jaspers.

Vivamos hoy y siempre con él porque es nuestra esperanza, tendría que ser siempre nuestro estímulo y nuestra fuente de optimismo.

Los que creyeran ver en nuestra obra un motivo de satisfacción o de lucro personal o de grupo, no serían de los nuestros; tenemos por ellos gran respeto, pero no estamos confundidos en los mismo propósitos. Esta ha sido, es y será una obra a la que no podemos pedirle nada para nosotros mismos; estamos y seguiremos estando, en cambio, totalmente entregados a ella. Sólo le pedimos que nos deje subsistir para seguir dándole vida.

Los que desde fuera nos vieran como a un grupo de profesionales que busca lucro y hegemonía, estarán equivocados. Lo decimos con la mas cordial firmeza, para que

nuestra acción sea en lo sucesivo, recibida con la misma generosidad con que la ofrecemos.

No nos lleva ningún móvil político ni religioso. Somos hombres de las mas diversas ideologías y credos religiosos. Hemos sabido respetarnos y el espíritu de la organización nos permitirá que en esto nadie se desvíe.

Las amistades más cordiales y las más violentas antipatías personales que algún día pudieran existir, no podrán, por supuesto, quedar afuera todos los días; entrarán con nosotros, pero a convivir con ecuanimidad en la realización armónica del trabajo diario. También tendremos que ser inflexibles en el cuidado de esta norma, que es fundamental.

Este Hospital no tiene dueños. Los promotores, los fundadores, los que aportaron su capital, los que hemos dirigido hasta hoy y desde el principio la tarea de hacerlo y ponerlo en marcha, no somos sus dueños, no tenemos en él más que los derechos que la ley y el trabajo nos asignan. Es difícil recordar y cumplir este mandato; el amor y alguna vez el interés, nos lo harán olvidar, pero habrá que recordarlo uno mismo todos los días y en cada gesto, porque de lo contrario la implacable realidad de su espíritu tendrá que imponerlo.

Este Hospital no es de los viejos, de las generaciones que se van, de los hombres que ya estamos en la culminación o el descenso de la parábola de la vida. No son ellos sus dueños, aunque la idea y la realización haya nacido de sus inquietudes y de su experiencia. Esto no confiere a esta generación a la que pertenezco, derechos de privilegio. Simplemente nos crea deberes, nos carga con enormes responsabilidades. No podre-

mos aceptar que una conducta conservadora, por más respetable que sea quien la preconiza, en defensa de los más respetables intereses personales, sea capaz de interferir con el progreso. El hombre que en el curso de una larga, dolorosa y eficiente carrera médica, disminuya en su actividad por cualquier causa o, sin que esto ocurra, sea superado por otro más capacitado, más joven o más activo que él, tendrá que ceder generosamente el paso, sin quedar por ello desplazado o disminuido.

Pero, escuchadme bien jóvenes de hoy, este Hospital tampoco es de la juventud. Si la madurez y experiencia adquiridas y ganadas con el sacrificio de los años no dan título de posesión, tampoco puede darlo, por sí, la juventud. Esta es sólo posibilidades, promesas y las tiene todas. No hay que confundirse y creer que estas potencias confieren derechos de dominio. La juventud tiene en sus manos el porvenir de esta obra como tuvo y tiene siempre el de la humanidad y su progreso. Para conseguirlo, debe ganarlo; y estas batallas no se deciden en la lucha ideológica, con la violencia desatada, con la iconoclastia irracional, con la destrucción de todos los valores del pasado. Se gana con la conciencia de la responsabilidad; se gana al decidir desde niño la lucha implacable que el hombre debe batir consigo mismo toda su vida. La juventud sólo puede conseguir el comando futuro de estas instituciones, poniendo todas sus energías y ajustando todas sus potencias a las normas que la experiencia de los tiempos va estableciendo como necesarias para su progreso. Y en la defensa de estas normas debe ser, consigo misma y con los demás, intolerante e irreductible.

En nuestra Argentina, ninguna de las dos generaciones ha sabido comprender la

tragedia de este antagonismo: la que declina ha sido siempre egoísta, conservadora, impermeable; la que asciende ha sido irreverente, violenta, famélica, inescrupulosa. Ha dominado en unos la avidez de conservar y en otros la de conseguir; y en esta dialéctica, que sólo puede resolverse por la violencia, ha estado el obstáculo al progreso. De ella ha nacido una permanente necesidad de revoluciones, que dejan a la postre más balance negativo que positivo. La esperanza del progreso está en la evolución y no en la violencia de revoluciones que sólo están justificadas cuando fuerzas espúreas detienen o tuercen el ritmo del progreso incesante de la humanidad. Hay que saber, además, que cuando se siente la necesidad y se tiene la decisión de hacer una obra revolucionaria hay que estar preparado para construir más de lo que se destruye y, sobre todo, para ofrecer de sí más que lo se exige de los otros. Una vez más, llegado aquí, debo ofrecer como modelo único, la revolución que el advenimiento de Cristo significó en la historia de la humanidad. Revoluciones con otros móviles que los arriba enunciados, son asaltos. La juventud debe cuidar su virginidad espiritual como su único tesoro: puede entregarlo a todo, pero no debe jamás ofrecerse para el asalto. Creo que siempre que lo hace, va confundida o engañada por el mito. El mito es el instrumento más terrible de todos los tiempos; es de móvil siniestro que, manejado por artífices habilísimos, cincela todos los asaltos. La juventud tiene que defenderse de los mitos. esto sólo lo conseguirá educándose y la educación sólo puede venirle del pasado y de la normal exaltación de las potencialidades que la naturaleza le ha conferido. Al pasado debe asimilarlo; tan pernicioso es adoptarlo pasivamente, como abjurar vio-

lentamente de él. Ambas son actitudes reaccionarias que impiden al fin de cuentas que el hombre se realice integralmente.

No creáis, jóvenes, que va a ser posible el asalto de esta obra. Su espíritu no permitirá que cometáis ese suicidio. Porque en el asalto no sucumben las instituciones que lo sufren, sino que se suicidan los que lo ejecutan. Aquí tendréis progreso evolutivo, como es el natural. Aquí tendrá que realizarse, en pequeño, el milagro de la conjunción de las dos generaciones, que Argentina tanto necesita para su progreso. Jóvenes de hoy y de mañana, yo abro para vosotros, con este ofrecimiento, las puertas de esta casa en su espíritu y en su materia. En nombre de su alma mater, que ya la tiene y muy pura, yo os pido para ella el holocausto, la confianza absoluta y la esperanza. No querría aparecer como orgulloso ofreciéndola como el pequeño templo del progreso médico y odontológico argentino; así lo hago porque así lo quisimos al nacer y en vosotros -sobre todo en vosotros- hemos pensado al gestarla.

2. Lo dicho en esa oportunidad abarca doce páginas del libro que lo incluye. Un 20 % de esas páginas están destinadas a aclarar “los propósitos”, “las intenciones”, “el anhelo común”, “los principios”. Allí se habla también del “fracaso postizo” y del “fracaso genuino”, de “los hombres de empresa moderna, los materialistas” y de “los que construyen catedrales”; del permanente conflicto generacional, y sus distintas apetencias: “los que están en el comienzo de la parábola de la vida”, frente a “los que están en la culminación o en el descenso” de dicha parábola; de la necesidad que “convivan con ecuanimidad”, “las amistades más cordiales” y “las más violentas antipatías”.

Un 62 % de lo escrito está destinado al aspecto asistencial del Hospital, y ahí, principalmente, se reflexiona acerca del “equipo médico-odontológico”, poco menos, sobre la organización (ya se hace referencia a la ausencia “de una coordinación racional” y a “la necesidad angustiosa de un cerebro organizador”); muy poco, respecto a las instalaciones (subrayándose fundamentalmente la arquitectura hospitalaria y la relación constante y profunda entre médicos y arquitectos).

Un 8 % de las páginas se utilizan para explicar categóricamente que el Hospital “fue creado para que en él, paralelamente y junto con su función asistencial, se haga intensamente también investigación científica”.

También un 8 % es para la “función docente”, una “auténtica docencia”, para realizar “el milagro de la conjunción de las dos generaciones”.

Haciendo un manejo fantasioso, casi absurdo, de estas cifras, nos podríamos preguntar: ¿Qué sería del Hospital futuro si cada uno de nosotros dedicara un 8 % de su tiempo diario a realizar docencia; un 8 % a la investigación médica; sin cambiar su dedicación actual a la asistencia, y otorgara en su interior, en la intimidad de su vida médica, un 20 % a “los propósitos”, a “los anhelos comunes”, a “las intenciones”, al “fracaso genuino”, etc.?